

UN INSOLITO ESTRAPERLO Contestando una carta

A mediados de marzo, leímos en la prensa que en Francia se había descubierto un curioso mercado administrativo, en donde se estraperleaba, nada menos que, con falsos diplomas universitarios.

Ciertos funcionarios del Ministerio de Educación agenciaban títulos profesionales, y estos eran adquiridos por un cierto grupo de individuos cuya idiosincrasia quimérica y especial, en contra de lo que parecer pudiera, es en grado sumo alentadora.

Estudiantes prácticamente frustrados, auto-didactas, profesores en potencia, verdaderos enamorados de una vocación, obsesos, que por una u otra causa, la vida les había hurtado su realización, acudían al mencionado mercado; y no con afanes de lucro desmesurado o en deseos de transacciones dudosas, sino, simplemente, con el solo empeño de conseguir una plaza de Profesor en un Colegio cualquiera de provincias, donde ejercer gris y modestamente su loca y sublime ambición de enseñar; y, desde luego, al mismo tiempo, poder estudiar en el ámbito acogedor de una Biblioteca surtida o experimentar, sin trabas, en un bien cuidado Laboratorio.

Si la remuneración correspondiente a los tales Profesores fuese crecida, si la consideración social fuera reverente, en fin, si gozasen de especiales privilegios, podrían comprenderse esos anhelos de usurpación de ajenas prebendas, de los que han hecho gala unos señores. Pero siendo

los beneficios pocos y el trabajo y la responsabilidad muchos, cabe suponer que es precisamente ese trabajo la dorida tentación que los empujó al fraude; a un fraude tan insolito y singular como pedirse pueda.

Gusta el cronista de imaginarse posibles sacrificios realizados para conseguir la ilegalidad de un título; quizás la venta de un objeto o recuerdo de familia, quizás ceder los últimos ahorros defendidos con tanto esfuerzo... ¡Quién sabe...!

En todo caso, fracasados y abrazados al madero de su íntima desesperación, esos falsos profesores o falsos intrusos no repararon en medios para llegar a la playa de su vocación probada.

Por lo visto, no son pocos los que tal ansia comparten, pues se acusa una verdadera infacción de títulos universitarios, como consecuencia del funcionamiento de aquel mercado.

Y si el fraude no pudo descubrirse antes, fué por la excelente capacitación y rendimiento de los pseudo-profesores, que demostraron un celo extraordinario en el cumplimiento de sus funciones, como para dejar pequeñitos a los nominales de oposición o concurso oficial.

Dentro del fraudulento escalafón se contaba pues con personas competentísimas, desempeñando sus cátedras en óptimos rendimientos, con el beneplácito del Claustro de Profesores y con la admiración del alumnado. Uno de los

casos más notables es el del falso Profesor de Matemáticas de la Escuela Nacional-Profesional de CREIL, que incluso en sus conversaciones particulares aleteaba su gran pasión por las Ciencias-Exactas.

Hay un algo en todo ello digno de admiración y encomio, algo que borra el gesto vil del apócrifo; una honradez a todas luces, y una clara suficiencia en el desempeño del cargo usurpado. Y ese algo puede sonar como un «alerta» optimista para una triste humanidad desengañada.

El cronista lamenta y protesta de que la policía se llevara esposados, como viles y vulgares estafadores, a esos falsos diplomados.

No es que alabe el cronista, el nuevo procedimiento para conseguir un empleo, pero quisiera que casi todo el peso de las sanciones recayese sobre los vendedores de Títulos y no sobre los compradores, dos veces estafados.

Piensen los organismos competentes de los Estados— y el mencionado asunto es una buena prueba de ello— que en cada Nación hay un número considerable de inteligencias perdidas, de vocaciones reprimidas por las ingentes dificultades de orden económico aparejadas a los estudios.

Bien está que las pruebas intelectuales, ingresos, exámenes, reválidas, se endurezcan al máximo para tamizar a los elegidos. Pero, por lo menos, dótese a cada provincia o región de los Centros docentes requeridos y procúrese que las matrículas y libros de texto

Amigo señor Descayre:

He estado dudando si debía o no contestar particularmente su carta abierta publicada en el semanario ANCORA del día 15 de Marzo próximo pasado, toda vez que su pomposo título me revela el carácter oficial que V. ha querido dar a la misma, errando, sin embargo, el procedimiento, puesto que no debería V. ignorar que, hasta el presente, para dirigirse oficialmente a la Corporación Municipal, o a uno de sus miembros, se emplea otra forma, muy distinta por cierto, de las columnas de un periódico.

Me decido, empero, a hacerlo absteniéndome, no obstante, de responder a los conceptos de su inoportuno escrito, que podría hacer con léxico igual al por V. empleado, pero freno mi pluma al considerar que ello no tendría otro fin que el de dar gusto a los elementos derrotistas y gentes mal intencionadas que gozarían al ver como compañeros de unos mismos ideales laboran mutuamente por su propio prestigio.

Y, ya en este plan, amigo Descayre, para que V. vea mi caballerosidad y deseando evitar con nuestras polémicas actitudes que podrían perjudicar,

estén al alcance de cualquier bolsillo y que no vayan rozando, como ahora, números casi astronómicos.

Y con media docena de becas en cada Centro, tampoco se soluciona nada! Salvados los obstáculos económicos y quizás con la ayuda de un psicoanalista en los Colegios, orientador de profesiones, no se dieran ya más casos como

en último término, al mismo Instituto de Estudios Guixolenses, le digo que estaré dispuesto a proponer una enmienda en el Libro de actas de la Corporación Municipal siempre que mi compañero Delegado de Cultura pueda darme una información satisfactoria que desvanezca la que poseo y que motivó el acuerdo que tanto le ha disgustado.

Atentamente

Luis Juliá

Acuse de recibo

Amigo señor Juliá:

Dos líneas solamente para, tanto en nombre de la Entidad de mi presidencia como en el mio propio, agradecerle sinceramente el envío de su carta y estimarle públicamente lo que ella vale y representa.

Su caballerosidad al estar dispuesto a proponer la debida enmienda dice, en favor de V., mucho más de cuanto, con la más noble intención y voluntad, podría yo añadirle.

Por nuestra parte, y lograda dicha enmienda, daremos el asunto por felizmente cancelado. Y al rogarle que se digne así apreciar esta intención, reciba igualmente un fuerte abrazo de su amigo

Enrique Descayre

reportajes de la ciudad Garantía

Garantía, palabra elegante y de agradable fonética, aval de muchas transacciones comerciales de antaño.

Hoy en día está de moda utilizarla sin ton ni son y a veces como truquito comercial.

Veamos lo que pasó a XYZ un día que fué de compras:

Entró en una tienda de ropas y el diálogo que se entabló entre dependiente y comprador fué el siguiente:

—¿Tela para «mono»? ¿Qué le parece ésta? Es a 50 ptas. metro.

—Me parece cara. ¿Da buen resultado?

—Si señor; es fuerte, resistente y no se descolora con el lavado: es tela garantizada.

—¿Garantizada? ¿Qué quiere decir?

—¿Qué quiero decir?... pues esto... que está garantizada.

—Bueno: a ver si nos entendemos; si compro esta tela y no resulta tan fuerte ni resistente como Vd. asegura y además al lavarla se descolora, ¿Vd. me devolverá su importe?

¡Ah! ¡No Señor!

—Entonces ¿qué entiende Vd. por garantía?

El dependiente no supo que contestar y XYZ salió de la tienda refunfunando.

Al poco andar entró en una camisería:

¿Me hace el favor de unos tirantes?

—Estos son, a la par que elegantes, muy buenos, con elástico americano y cuero de la mejor calidad. El metal está cromado por un procedimiento especial. Tendrá Vd. para toda la vida. Son tirantes de garantía.

—¿Qué quiere decir con esto de garantía?

—Pues....

—Dígame: si no me duran lo que debie-

ran; si ese cromado especial se oxida a los dos días y pasado mañana el elástico pierde su elasticidad, ¿Vd. me cambiará los tirantes?

—.....

—¿Entonces qué diablos entiende Vd. por garantía?

Y XYZ salió de la camisería dando un portazo, dispuesto a estrangular a quien le hablase de géneros garantizados.

En un escaparate vió anunciadas plumas estilográficas a 7 pesetas.... ¡garantizadas!

Entró hecho una fúria:

—Oiga señorita: ¿Qué quieren insinuar con eso de que estas plumas están garantizadas?

—Pues que si no le va bien la devuelve y le damos otra.

¡Por fin! ¡Aquello era sensatez!

XYZ hizo pruebas y por el módico precio de 7 pesetas compró una pluma estilográfica con certificado de garantía.

Cuando llegó a su casa, quiso escribir, pero la pluma no le funcionó.

—Menos mal que está garantizada— se dijo.

Fué a la tienda, entregó la pluma y tal como rezaba el certificado de garantía le dieron otra.

Y al otro día otra, porque la nueva tampoco funcionó.

Luego otra y otra.... hasta que se cansó de perder el tiempo yendo y volviendo de la tienda.

* * *

El vocablo garantía y sus derivados, se utilizan sin ton ni son y a veces como truquito comercial.

LUIF ODALL

VERDADES A FLOTE

QUERER ES PODER

Es un asco, ver que en ciudades como Madrid, Barcelona y otras parecidas que ni siquiera llegan a la categoría de ciudades veraniegas tienen sus metros y tranvías correspondientes.

Nosotros no pretendemos ser superiores a nadie; sólo queremos unos cuantos metros, media docena de tranvías, trenes cremalleras para ir a visitar el Asilo y la Ermita de San Elmo, un par de docenas de rascacielos en el Paseo del Mar y ascensores al servicio de los reumáticos.

¡Que caramba!... a cada pueblo lo suyo. El nuestro sólo pide esto. Bien estará el que se le concedan estas miserias.

NO DESESPEREMOS

La ciudad está triste. Si salimos a la calle y observamos atentamente a las personas, veremos la desesperación pintada en muchos rostros; pero

el que hoy comentamos.

Siente el cronista una inmensa pena hacia el falso profesor castigado, y quisiera suavizarle el dolor de la pérdida de su propio mundo; pues si bien fué conseguido antes con un fraude, en él rindió con toda lealtad y amor el trabajo que su insatisfecha y auténtica vocación le demandara,

L d'Andraitx

resignación, pues difícil es que las bellas noches que se han ido, vuelvan otra vez.

Analizados los hechos, se comprende lo que a nuestras noches ahora faltan... PLATILLOS VOLANIES... eso es, platillos volantes.

Tan interesante como fué durante tantos días pusados el sacar la cabeza por una ventana y mirar el cielo estrellado. Con sólo fijarse un poco, se nos aparecían fácilmente media docena de platillos volantes. ¡Aquello era vida!

Hace poco todo acabó. Un mamarracho comunicó al mundo que todo eran paparruchas, ilusiones ópticas etc. etc. y rompió el encanto de nuestras más gratas noches estrelladas. Ahora ya nadie ve nada, pero no desesperemos pues....

... Volverán los claros platillos

[volantes

encima de nuestro pueblo a

[volar,

pero aquellos hombres listos que equilibrados están, aquellos no los verán.

FRANK LANE